

9,45 h, 12 de septiembre del año 2000

Aeropuerto de Milán Bérgamo, Italia

*Mi scusi, signore, ci sono venuto per l'aeroporto**, me despertó tocándome en el hombro la azafata de cabina pulcramente vestida con una chaqueta azul, color corporativo de la línea aérea y, supongo, a juego con el del resto de tripulantes. Aquel día, inesperadamente caluroso, de final de verano en el norte de Italia aún me dominaba la duda. Miré por la ventanilla y observé, con el pensamiento entumecido, como avanzaban caminando por la pista mis acompañantes de aquel vuelo Alicante-Milano. Había conseguido dormir gracias a las pastillas de zolpiden que me había tomado al coger el vuelo en el aeropuerto de Torrellano. No era miedo, pero lo que me angustiaba era una incomodidad malsana que no me dejaba disfrutar de ningún viaje en avión. Llegaba siempre cansado, aturdido, con la nefasta sensación de que cualquier esfuerzo, físico o intelectual, acabaría conmigo en cuestión de segundos.

Mi destino era Locarno, una ciudad costera del lago Maggiore y fronteriza con Italia donde me esperaba una entrevista, trascendental para mí, en una clínica de máximo prestigio internacional, Santa Ana, fundada en 1935, engendrada por la influencia y el esfuerzo de las hermanas Leocadias, inspiradas a su vez por la figura de Florence Nightingale, tras los desastres de la Primera Guerra Mundial. En ella, pasado un periodo de prueba, podría realizar las prácticas de medicina que con tanta ansiedad esperaba, tan necesarias para mi formación y, subconscientemente, tan añoradas en la monótona rutina de mi quehacer diario. Su especialización en la atención de enfermedades raras me subyugaba, un campo de trabajo con infinitas posibilidades en las

que trabajar y dónde la investigación tiene, incluso hoy, una cuenta pendiente.

He de confesar que otras razones pudieron empujarme a dar ese paso, cosas que me da pereza analizar, o miedo, o qué sé yo, pero que tienen que ver con asuntos familiares y profesionales no resueltos, y desde luego la llamada de la montaña que tiempo atrás abandoné, donde me siento seguro y acogido, dueño de mí mismo y mis circunstancias, fuera de la ferocidad de la exigente vida social.

Podría haber elegido otros sitios en España, Italia, e incluso en Estados Unidos, pero poder llegar al país más montañoso de Europa creo que era una excusa lo suficientemente atrayente tanto que a la vez me encogía el estómago y disparaba mi imaginación aun cuando jamás antes había estado ahí.

*Ciao, un caffè, per favore**, le dije a la atareada chica que toscamente me atendió en la barra de aquella cafetería atestada de personas y mal oliente del aeropuerto de Malpensa, mientras hacía tiempo para coger el autobús con destino a Milán donde, a su vez, haría trasbordo en dirección a Bellinzona y, de ahí, tras unas horas de espera, a Locarno, mi destino. Al rebuscar liras* en mi cartera para abonar ese delicioso café latte aeroportuario, cremoso, denso y muy aromático, vi de nuevo la foto de Mencía, mi expareja, que asomaba junto a los billetes, y recordé unas sombrías y duras palabras, fruto del rencor acumulado en años de dañina relación y cuyo tono desafiante marcó, en mi débil carácter, la inseguridad y el desaplomo que luzco con frecuencia en situaciones de estrés. *Nunca te atreverás; estás bajo las faldas de tu madre y yo ya no soporto seguir más en esta situación.*

El desplazamiento hasta Locarno era, o por mi inconsciente expectativa a mí me lo parecía, demasiado largo. El autocar avanzaba despacio sorteando las vehementes curvas del camino. Pero esta vez no me mareé como de costumbre. Calmado y absorto disfrutaba la belleza de los lagos que decoraban el camino y que me hablaban con su azul intenso y grisáceo, dándome su propia y extraña bienvenida.

21 de marzo de 1995, cinco años antes

Murcia, España

Tu padre tiene cáncer, me dijo mi madre con sus grandes ojos negros empañados en lágrimas, muy abiertos y fijos en mi, con voz grave y profunda. Era una mujer de fuerte carácter, pero sus ojos hundidos y oscurecidos por el dolor le otorgaban un aspecto frágil y cansado que nunca antes había visto en ella. ¿Vas a permitir que muera y no te vea como una persona de provecho? Termina tu carrera de medicina y deja de jugar a ser un boyscout perdiendo el tiempo con tus excursiones. Te vamos a necesitar. Tu padre pronto no estará y quiero verle feliz los últimos días de su vida. Se tapó la cara con las envejecidas y venosas manos, y surcadas por los tendones que las marcaban, y se reclinó hacia atrás apoyándose en la mesa del salón. No era común verla así, pues era una mujer de temperamento duro y frío, hija de inmigrantes leoneses, que había conseguido impulsar y sacar adelante a una familia humilde y llevarla a lo que eran, para ella, los anhelos de su juventud, donde poder pagar a sus hijos unos estudios que ella no culminó y que mi padre abandonó a los doce años de edad.

No tengo claro que la medicina sea lo mío, le dije, pero padre podrá sentirse orgulloso de mí, te lo aseguro. El miedo recorrió mi interior asestando un latigazo a mi estómago que intenté disimular. Su ausencia próxima me hizo temblar, pero pensar en la medicina como una verdad en mi vida, parecía llevarme a un callejón al que nunca quería sinceramente haber llegado. No tenía una gran relación con mi padre ni la confianza como para haberle contado mis inquietudes y temores, pero me marcó su ímpetu luchador y calmado que manifestaba con su

comentario habitual *todo se andará* mientras expulsaba el humo de su cigarrillo siempre encendido. Ese amigo que le acompañó tantos años y que ahora lo arrancaba de nuestro lado con un billete solo de ida.

Hay dos tipos de personas: los que ven en una puerta una oportunidad una vez abierta y los que ven en ella una protección del exterior. Abre siempre la puerta, era una frase que mi padre me había dicho tres veces en mi vida en momentos clave para mí. Al recordarla en sus labios, agrietados, calmados y expulsores de humo, con esos ojos vidriosos marrones mirándome siempre con ternura, las lágrimas brotaron incontrolables y me dirigí a la puerta de casa, que cerré tras de mi cabreado con el inevitable destino.

Salí a la calle para desatascar ese cúmulo de emociones y, tras caminar unos minutos por la calle Trapería y luego Platería, me dirigí a la plaza de Santo Domingo, donde las palomas inundaban el suelo con su ajetreo nervioso en la búsqueda de maíz que los niños y ancianos les lanzaban. Paré en una cabina y marqué un número de teléfono que llevaba anotado en un pequeño trozo de papel doblado y toscamente recortado a mano, que saqué de la cartera de piel marrón anidada siempre en el bolsillo trasero derecho de mis pantalones vaqueros *¿Sí, dígame?* Sonó una voz femenina, profunda y grave para su edad, al otro lado de la línea. Tardé un par de segundos en responder. Dos eternos segundos que no dejaría que me apartaran de lo que yo quería una vez más. *Hola, ¿Mencía? Soy Diego, no sé si me recuerdas. Me diste tu teléfono el viernes pasado. ¿Quieres un café?*